

23° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO



La liturgia del Domingo 23 del Tiempo Ordinario nos habla de un Dios comprometido con la vida y la felicidad del hombre, continuamente empeñado en renovar, en transformar, en recrear a la persona, para hacerle alcanzar la vida plena del Hombre Nuevo.

En la primera lectura un profeta de la época del exilio en Babilonia asegura a los exiliados, hundidos en el dolor y la desesperanza, que Yahvé está preparado para venir al encuentro de su Pueblo, para liberarlo y para conducirlo a su tierra.

En las imágenes de los ciegos que vuelven a contemplar la luz, de los sordos que vuelven a oír, de los cojos que saltan como venados y de los mudos que cantan con alegría, el profeta presenta esa vida nueva, excesiva, abundante, transformadora, que Dios va a ofrecer a Judá.

En el Evangelio Jesús, cumpliendo el mandato que el Padre le confió, abre los oídos y suelta la lengua de un sordomudo. En el gesto de Jesús, se revela ese Dios que no se conforma cuando el hombre se cierra en el egoísmo y en la autosuficiencia, rechazando el amor, el compartir, la comunión.

El encuentro con Cristo lleva al hombre a salir de su aislamiento y a establecer lazos familiares con Dios y con todos los hermanos, sin excepción.

La segunda lectura se dirige a aquellos que acogen la propuesta de Jesús y se comprometen a seguirle por el camino del amor, del compartir, de la donación.

Les invita a no discriminar ni marginar a ningún hermano y a acoger con especial bondad a los pequeños y a los pobres.

PRIMERA LECTURA

Los oídos del sordo se abrirán,
la lengua del mudo cantará

Lectura del libro de Isaías
35, 4-7a

Decid a los cobardes de corazón:

«Sed fuertes, no temáis.

Mirad a vuestro Dios que trae el desquite,
viene en persona, resarcirá y os salvará»

Se despegarán los ojos del ciego,
los oídos del sordo se abrirán,
saltará como un ciervo el cojo,
la lengua del mudo cantará.

Porque han brotado aguas en el desierto,
torrentes en la estepa;
el páramo será un estanque,
lo reseco un manantial.

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

Los capítulos 34-35 del Libro de Isaías constituyen aquello que, habitualmente se llama "pequeño apocalipsis de Isaías" (para distinguirlo del "gran apocalipsis de Isaías", que aparece en los capítulos 24-27). Describen los últimos combates entablados por Yahvé contra las naciones (particularmente contra Edom) y la victoria definitiva del Pueblo de Dios sobre sus enemigos.

Estos dos capítulos pueden ser relacionados con los capítulos 40-55 del Libro de Isaías (cuyo autor es ese Deutero-Isaías que actuó en Babilonia entre los exiliados, en la fase final del Exilio). ¿Por qué razón estos dos capítulos se presentan separados de su "ambiente natural" (Is 40-55)? Probablemente, fueron atraídos por las piezas escatológicas sueltas de Is 28-33, y especialmente por el capítulo 33.

El autor de estos textos escribe en la fase final del exilio del Pueblo de Dios en Babilonia (alrededor del año 550 antes de Cristo). La intención del profeta es consolar a los exiliados, desanimados, frustrados y hundidos en la desesperación, porque la liberación tarda y parece que Dios les ha abandonado (una temática que será desarrollada y profundizada en los capítulos 40-55 del Libro de Isaías).

Después de presentar el juramento de Dios (cf. Is 34,1-4) y el castigo de Edom (cf. Is 34,5-15) el autor describe, por contraste, la alegría del Pueblo de Dios porque la liberación llegó y por la transformación extraordinaria del desierto sirio, por el cual van a pasar los israelitas liberados, que vuelven del Exilio.

1.2. Mensaje

El Pueblo de Dios, exiliado en Babilonia, está paralizado por la desesperanza. Se muestra abatido e incapaz de salir, por sí solo, de su triste situación. No tiene perspectivas de futuro y no ve ninguna razón para tener esperanza.

El profeta se dirige, entonces, a los exiliados y les anuncia la inminencia de la liberación. El tono general es de alegría, una alegría que envolverá a la naturaleza y a las personas, porque el Señor se prepara para salvar a Judá del cautiverio y para abrir un camino por el desierto a fin de que su Pueblo pueda volver victorioso a Jerusalén.

A pesar de las apariencias, Dios no se olvida de su Pueblo. Judá debe recobrar ánimo y prepararse para acoger al Señor. El propio Yahvé realizará la liberación; él hará justicia y recompensará a su Pueblo por todos los sufrimientos soportados durante el tiempo del cautiverio (v. 4).

El resultado de la iniciativa salvadora y liberadora de Dios, se traducirá en el despertar del Pueblo, paralizado y desanimado, a una vida nueva. El encuentro con el Dios libertador y salvador transformará al Pueblo, dándole de nuevo la libertad, la alegría, el coraje para enfrentarse al camino, a la vida en abundancia.

En las imágenes de los ciegos que vuelven a contemplar la luz, de los sordos que vuelven a oír, de los cojos que saltan como venados y de los mudos cantando con alegría (vv. 5-6), el profeta representa esa vida nueva, excesiva, abundante, transformadora, que Dios va a ofrecer a Judá.

Por otro lado, el don de Dios se manifestará en la misma naturaleza. El desierto desolado y estéril que los exiliados atravesarán caminando de regreso a su tierra, se transformará en una tierra fértil, con agua en abundancia y donde el Pueblo no tendrá

dificultad para saciar su hambre y su sed. La abundancia de agua en el desierto, de la que habla el profeta, es otra imagen para mostrar la voluntad de Dios para llenar a su Pueblo de vida plena y abundante.

La marcha del Pueblo de la tierra de esclavitud a la tierra de libertad será un nuevo éxodo, donde se repetirán las maravillas operadas por el Dios libertador en el primer éxodo; sin embargo, este segundo éxodo será todavía más grandioso, en cuanto a la manifestación y la acción de Dios. Será una peregrinación festiva, una procesión solemne, realizada en la alegría y en la fiesta.

¿Cuál es el papel de Pueblo en todo esto? Judá debe recobrar el ánimo y acoger, con fe, con coraje, con confianza, los dones de Dios.

1.3. Actualización

✚ Para los optimistas, nuestro tiempo es un tiempo de grandes realizaciones, de grandes descubrimientos, en el que se abre todo un mundo de posibilidades para el hombre; para los pesimistas, nuestro tiempo es un tiempo de sobrecalentamiento del planeta, de subida del nivel del mar, de destrucción de la capa de ozono, de eliminación de los bosques, de riesgo de holocausto nuclear. Para unos y para otros, es un tiempo de retos, de interpelaciones, de búsqueda, de riesgo.

¿Cómo nos relacionamos nosotros con este mundo? ¿Lo vemos con ojos de esperanza, o con los ojos negros de la desesperanza?

✚ Los creyentes no pueden olvidar que "Dios está ahí": su intervención hace que el desierto se vista de vida y que en la superficie árida de la desesperanza brote la flor de la esperanza.

A los ciegos, que caminan por la vida palpando y que tienen dificultad para descubrir el rumbo y el sentido de su existencia, Dios les ofrece la luz que les indicará el camino seguro para la realización y para la felicidad;

a los sordos, cerrados en su egoísmo y en su autosuficiencia, Dios les irá destapando los oídos para que escuchen los gritos de sufrimiento de los pobres y para que se comprometan en la transformación del mundo;

a los cojos, que no consiguen caminar libremente y están presos por las cadenas de la opresión, de la injusticia, del pecado, Dios les va a ofrecer la libertad;

a los mudos, cuya lengua está paralizada por el miedo, por la comodidad, por la pereza, por la pasividad, Dios va a convocarles y a enviarles como mensajeros de la justicia, del amor y de la paz.

Es con la certeza de la presencia salvadora y amorosa de Dios y con la convicción de que no nos dejará abandonados en las manos de las fuerzas de la muerte, como estamos invitados a caminar por la vida y a enfrentarnos a la historia.

✚ El profeta es el hombre que rema contra corriente. Cuando todos se cruzan de brazos y se hunden en la desesperación, el profeta es capaz de mirar hacia el futuro con los ojos de Dios y ver, más allá del horizonte, un mañana nuevo. Entonces gritará a los cuatro vientos la esperanza, haciendo que la desesperación se transforme en alegría y que el inmovilismo se transforme en lucha comprometida por un mundo mejor.

¿Es este el testimonio de esperanza que intentamos ofrecer?

Salmo responsorial

Salmo 145, 7-10

V/. Alaba, alma mía, al Señor.

R/. Alaba, alma mía, al Señor.

**V/. Que mantiene su fidelidad perpetuamente,
que hace justicia a los oprimidos,
que da pan a los hambrientos.
El Señor liberta a los cautivos.**

R/. Alaba, alma mía, al Señor.

**V/. El Señor abre los ojos al ciego,
el Señor endereza a los que ya se doblan,
el Señor ama a los justos,
el Señor guarda a los peregrinos.**

R/. Alaba, alma mía, al Señor.

**V/. Sustenta al huérfano y a la viuda
y trastorna el camino de los malvados.
El Señor reina eternamente,
tu Dios, Sión, de edad en edad.**

R/. Alaba, alma mía, al Señor.

SEGUNDA LECTURA

¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres para hacerlos herederos del reino?

Lectura de la carta del apóstol Santiago 2, 1-5

Hermanos míos:

No juntéis
la fe en nuestro Señor Jesucristo glorioso
con el favoritismo.

Por ejemplo:

llegan dos hombres a la reunión litúrgica.
Uno va bien vestido y hasta con anillos en los dedos;
el otro es un pobre andrajoso.

Veis al bien vestido y le decís:

«Por favor, siéntate aquí, en el puesto reservado.»

Al pobre, en cambio:

«Estáte ahí de pie o siéntate en el suelo.»

Si hacéis eso,

¿no sois inconsecuentes y juzgáis con criterios malos?

Queridos hermanos, escuchad:

¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres del mundo
para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino,
que prometió a los que lo aman?

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

Continuamos hoy, la lectura de la Carta de Santiago, enviada "a las doce tribus que viven en la Diáspora" (St 1,1). La expresión indica que los destinatarios de la misiva son, en primer lugar, cristianos de origen judío, dispersos por el mundo greco-romano, sobre todo en las regiones próximas a Palestina, como son Siria, Egipto o Asia Menor; pero la carta sirve, también, para todos los creyentes, de todas las épocas, de todas las razas y de todas las latitudes.

El objetivo fundamental del autor es exhortar a los creyentes para que no pierdan los valores cristianos auténticos del judaísmo a través de las enseñanzas de Cristo.

Nuestro texto pertenece a la segunda parte de la carta (cf. St 2,1-26). Ahí, el autor trata sobre los temas fundamentales: la fe que se hace concreta en el amor al prójimo, sin ningún tipo de discriminación o de acepción de personas (cf. St 2,1-13); la fe que se expresa, no a través de ritos formales o de palabras huecas, sino a través de acciones concretas en favor del hombre (cf. St 2,14-26).

En general, este capítulo invita a los creyentes a asumir una fe operativa, que se traduzca en un compromiso social y comunitario.

2.2. Mensaje

Jesús no hizo ninguna acepción de personas, sino que acogió a todos y a todos amó igualmente (lo mismo a los pobres, que a los "últimos", a los marginados, a los pecadores, a los enfermos). Quien quiera unirse a Jesucristo, con coherencia y con sentido, tiene que asumir los mismos valores; por eso, no puede marginar a nadie ni aceptar ningún sistema que cree discriminación (v. 1).

Después de la afirmación general, el autor de la carta presenta ejemplos concretos: la comunidad cristiana no puede acoger y tratar de forma diferente al rico y al pobre, a aquel que se presenta bien vestido y a aquel que se presenta mal vestido, a aquel que es conocido y famoso y a aquel que es humilde y pasa desapercibido (vv. 2-3).

En la comunidad cristiana todos son iguales y dignos de consideración y de respeto, aunque desempeñen funciones diferentes y servicios diversos. Para los seguidores de Jesús, la acepción de personas por razones ligadas a la riqueza, al poder, a la fama, a la posición social es un esquema perverso, absolutamente incompatible con la fe en Cristo (v. 4).

Nuestro texto termina con una pregunta retórica que parece afirmar la preferencia de Dios por los "pobres de este mundo", escogidos "para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino, que prometió a los que lo aman" (v. 5).

Los "pobres de este mundo" son, más que una categoría sociológica, una categoría religiosa. La expresión designa, en el lenguaje bíblico, a los humildes, a los

débiles, a los pacíficos, a aquellos que se presentan ante Dios con una actitud de sencillez, desprendidos de cualquier actitud de orgullo, de autosuficiencia, de prejuicios; son aquellos que, con humildad y disponibilidad, aceptan los dones de Dios y acogen sus propuestas con alegría y gratitud.

¿Por qué Dios los prefiere?

En primer lugar, porque son los que más necesitan ser liberados y salvados; en segundo lugar, porque son los más disponibles para acoger el don del reino.

No es que el reino de Dios sea una opción de clase y que los ricos y poderosos no puedan, por principio, tener acceso al reino; es que los ricos, los poderosos, los instalados, con el corazón lleno de orgullo y de autosuficiencia, no están disponibles para acoger la novedad revolucionaria y liberadora del reino.

Son los "pobres", en su sencillez, humildad y despojamiento, en su ansia de liberación, quienes están preparados para acoger el don de Dios que se hace presente en Jesús y en su proyecto.

2.3. Actualización

✚ El cristiano es, antes de nada, alguien que cree en Jesucristo, que ha asumido los valores que se le han propuesto y que intenta concretar, en el día a día, esa propuesta de vida que él vino a realizar.

Jesucristo nunca discriminó ni nunca marginó a nadie; se sentó a la mesa con los desheredados, acogió a los enfermos, extendió la mano a los leprosos, llamó a un publicano para formar parte de su grupo, tuvo gestos de bondad y de misericordia para con los pecadores, dijo que los pobres eran los hijos queridos de Dios, amó a aquellos que la sociedad religiosa de su tiempo consideraba malditos y condenados. La comunidad cristiana es hoy, en medio del mundo, el rostro de Cristo para los hombres; por eso, no tiene ningún sentido cualquier acepción de personas en la comunidad cristiana.

Naturalmente, esto es una evidencia que nadie contesta.

¿Pero, en la práctica, todos son acogidos en nuestra comunidad cristiana con respeto y amor?

¿Tratamos con la misma delicadeza y con el mismo respeto a quien es rico y a quien es pobre, a quien tiene una posición social relevante y a quien no la tiene, a quien tiene un título universitario y a quien es analfabeto, a quien tiene unos comportamientos religiosamente correctos y quien tiene un estilo de vida que no se ajusta a nuestras perspectivas, a quien se lleva bien con el sacerdote y a quien tiene una actitud crítica ante ciertas opciones de los responsables de la comunidad?

¿Nos olvidamos de que la comunidad cristiana está llamada a testimoniar el amor, la bondad, la misericordia, la tolerancia de Cristo para con los hermanos, sin excepción?

- ✚ El problema de la discriminación y de la marginación de las personas se manifiesta también, y tal vez con mayor sutileza, en los contactos que establecemos fuera de la comunidad cristiana.

Encontramos todos los días en nuestro círculo de relaciones, en nuestro universo profesional, y hasta en nuestra familia personas con la que no nos identificamos, que no nos gustan, a quienes no entendemos. Es difícil acogerlas, aceptar sus características y sus fallos, tratarlas con bondad, con comprensión, con tolerancia, con amor.

Sin embargo, nosotros los seguidores de Jesús, estamos llamados a dar testimonio de los valores del Evangelio veinticuatro horas al día, en cualquier lugar y en cualquier ambiente.

La fraternidad, el amor, la misericordia, la tolerancia, que Cristo nos propone, tiene que informar cada paso de nuestra existencia y derramarse sobre todos aquellos con los que nos encontramos, aunque sean de otra raza, o tengan otra cultura, o frecuenten ambientes distintos, o no concuerden con nuestras ideas, o tengan una forma diferente de encarar la vida.

- ✚ Nuestro texto nos revela que Dios prefiere a los pobres, a los humildes, a los sencillos.

Esto no quiere decir, sin embargo, que Dios tenga una opción de clase y que privilegie a unos en detrimento de otros. Dios ofrece su amor, su gracia y su vida a todos; sin embargo, unos acogen sus dones y otros no.

Lo que es decisivo, en la perspectiva de Dios, es la disponibilidad para acoger su propuesta y sus dones.

Nuestro texto nos invita a desprendernos del orgullo, de la autosuficiencia, de los prejuicios, para acoger, con humildad y sencillez los dones de Dios.

Aleluya

Mt 4, 23

Jesús proclamaba el Evangelio del reino,
curando las dolencias del pueblo.

EVANGELIO

Hace oír a los sordos y hablar a los mudos

† **Lectura del santo evangelio según san Marcos**
7, 31-37

En aquel tiempo,

dejó Jesús el territorio de Tiro, pasó por Sidón,
camino del lago de Galilea, atravesando la Decápolis.

Y le presentaron un sordo que, además, apenas podía hablar;
y le piden que le imponga las manos.

Él, apartándolo de la gente a un lado,
le metió los dedos en los oídos
y con la saliva le tocó la lengua.

Y, mirando al cielo, suspiró y le dijo:

— «Effetá», esto es: «Ábrete.»

Y al momento se le abrieron los oídos,
se le soltó la traba de la lengua y hablaba sin dificultad.

Él les mandó que no lo dijeran a nadie;
pero, cuanto más se lo mandaba,
con más insistencia lo proclamaban ellos.

Y en el colmo del asombro decían:

— «Todo lo ha hecho bien;
hace oír a los sordos y hablar a los mudos.»

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

En la fase final de la "etapa de Galilea", se multiplican las reacciones negativas contra Jesús y contra su proyecto, a pesar del rastro de vida nueva que él va dejando por las aldeas y ciudades por donde pasa.

Las últimas discusiones con los fariseos y con los doctores de la Ley a propósito de las cuestiones legales y de la "tradición de los antiguos" (cf. Mc 7,1-23), son una especie de gota de agua que rebosa el vaso y hace que Jesús abandone el territorio judío para refugiarse en territorio pagano.

En ese contexto es en el que Marcos habla de un viaje por Fenicia, que lleva a Jesús a pasar por los territorios de Tiro y de Sidón, ciudades de la franja costera oriental del mar Mediterráneo, en el actual Líbano (cf. Mc 7,24).

De regreso de esa incursión por Fenicia, Jesús dio un largo rodeo por el territorio pagano de la Decápolis (cf. Mc 7,31).

La Decápolis ("diez ciudades") era el nombre dado al territorio situado en Palestina oriental que se extendía desde Damasco, al norte, hasta Filadelfia, al sur. El nombre servía para designar una liga de diez ciudades, que se formó después de la conquista de Palestina por los romanos, en el año 63 antes de Cristo.

Las "diez ciudades", que formaban esta liga, eran helenísticas y no estaban sujetas las leyes judías. Las ciudades que integraban la Decápolis (así como los territorios circundantes a cada una de esas ciudades) estaban bajo la administración del legado romano de Siria. Era territorio pagano, considerado por los judíos completamente al margen de los caminos de la salvación.

En ese ambiente geográfico y humano se va a situar el episodio de la curación del sordomudo. El gesto de Jesús de curar a un sordomudo debe ser visto como un paso más en el anuncio de ese proyecto que Jesús ha propuesto por toda Galilea: el proyecto del Reino de Dios.

3.2. Mensaje

En un lugar no identificado de la región de la Decápolis, Jesús se encontró con un sordomudo. Las personas que lo trajeron suplican a Jesús "que le imponga las manos" (v. 32) En la secuencia Marcos describe, con abundancia de pormenores (algunos muy extraños) cómo Jesús curó al enfermo y le dio la posibilidad de comunicarse.

Con todo, después de leer la narración de este episodio, nos quedamos con la sensación de que Marcos quiere contarnos mucho más que la simple curación de un sordomudo. La descripción de Marcos, enriquecida con un número significativo de elementos simbólicos, es una catequesis sobre la misión de Jesús y sobre el papel que él desarrolla, en el sentido de hacer nacer al Hombre Nuevo.

Veamos, de forma esquemática, los elementos principales de esa catequesis que Marcos presenta:

1. En el centro de la escena está Jesús y el sordomudo (literalmente, "un sordo que, además, apenas podía hablar").

Si el lenguaje es un medio privilegiado para comunicarse, para establecer relaciones, el sordomudo es un hombre que tiene dificultades para establecer lazos, en particular, para dialogar, para comunicarse.

Por otro lado, en un universo religioso que consideraba a las enfermedades físicas como consecuencia del pecado, el sordomudo es, de forma notoria, un "impuro", un pecador y un maldito.

Finalmente, el sordomudo vive en el territorio pagano de la Decápolis: es, probablemente, uno de esos paganos que la teología judía consideraba al margen de la salvación.

En la catequesis de Marcos, este sordomudo representa a todos aquellos que viven cerrados en su mundo, en su pobre autosuficiencia, con los oídos cerrados a las propuestas de Dios y el corazón cerrado también a la relación con los hermanos. Representa, además a aquellos que la teología oficial consideraba pecadores y malditos, incapaces de establecer una relación verdadera con Dios, de escuchar la Palabra de Dios y de vivir de forma coherente con los desafíos de Dios. Representa, asimismo, a esos "paganos" que los judíos despreciaban y que consideraban completamente alejados de los caminos de la salvación.

2. El encuentro con Jesús transforma radicalmente la vida de ese sordomudo. Jesús le abre los oídos y le suelta la lengua (v. 35), haciéndole capaz de comunicarse, de escuchar, de hablar, de compartir, de entrar en comunión.

En la historia de este sordomudo, Marcos representa la misión de Jesús, que vino a abrir los oídos y los corazones de los hombres, a la Palabra y a la propuesta de Dios y a la relación y al diálogo con los otros hombres.

El episodio nos recuerda, inmediatamente, el anuncio de Isaías en la primera lectura: *"Sed fuertes, no temáis. Mirad a vuestro Dios que trae el desquite, viene en persona, resarcirá y os salvará. Se despegarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se abrirán, saltará como un ciervo el cojo, la lengua del mudo cantará"* (Is 35,4-6).

Jesús es, efectivamente, el Dios que vino al encuentro de los hombres, a fin de liberarlos de las cadenas del egoísmo, de la comodidad, de la autosuficiencia, de los prejuicios religiosos que impiden la relación, el diálogo, la comunión con Dios y con los hermanos.

3. Aparentemente, no es el sordomudo quien tiene la iniciativa de encontrarse con Jesús ("le presentaron un sordo que, además, apenas podía hablar"; "le piden que le imponga las manos", v. 32).

El sordomudo, instalado y acomodado a esa vida sin relación, no siente gran necesidad de abrir las ventanas de su corazón para el encuentro y para la comunión con Dios y

con los hermanos. Es necesario que alguien le traiga, que lo presente a Jesús, que lo empuje hacia esa vida nueva de amor y de comunión. Ese es el papel de la comunidad cristiana. Los que ya han descubierto a Jesús, y se han dejado transformar por su Palabra, y aceptaron seguirle, deben dar testimonio de esa experiencia y retar a los otros hermanos para que vayan hacia el encuentro liberador con Jesús.

4. A solas con el sordomudo, Jesús realiza gestos significativos: le mete los dedos en los oídos, toma saliva y le toca con ella la lengua (v. 33).

Tocar con el dedo significaba transmitir poder; la saliva transmitía, se pensaba, la propia fuerza o la energía vital (equivale al soplo de Dios que transformó el barro inerte del primer hombre en un ser dotado de vida divina, cf. Gn 2,7). Así, Jesús transmitió al sordomudo su propia energía vital, dotándole de capacidad para ser un Hombre Nuevo, abierto a la comunión con Dios y a la relación con los otros hombres.

5. El gesto de Jesús de levantar los ojos al cielo (v. 34) debe ser entendido como un gesto de invocación a Dios. Para Jesús, los grandes momentos de toma de decisiones y del testimonio están siempre precedidos de un diálogo con el Padre. De esa forma, se hace evidente la ligazón estrecha entre Jesús y el Padre, entre la acción que Jesús realiza en medio de los hombres y los proyectos del Padre.

Los gestos de Jesús, en el sentido de dar vida al hombre, de liberarlo de su cerrazón y de su autosuficiencia, de abrirle a la relación, son gestos que tienen el aval del Padre y que se insertan en el proyecto salvador del Padre.

6. De acuerdo con Marcos, Jesús habría pronunciado la palabra "effetá" ("ábrete"), cuando abrió los oídos y desató la lengua del sordomudo. No se trata de una fórmula mágica, con especiales virtudes curativas. Es una invitación al hombre cerrado en su mundo personal a abrir el corazón a la vida nueva de la relación con Dios y con los hermanos. Es una invitación al sordomudo a salir de su cerrazón, de su comodidad, de su egoísmo, de su instalación, para hacer de su vida una historia de comunión con Dios y de compartir con los hermanos.

El proceso de transformación del sordomudo en un Hombre Nuevo, no es un proceso en el que sólo actúa Jesús y donde el hombre asume una actitud pasiva, sino que es un proceso que exige el compromiso activo y libre del hombre. Jesús hace sus propuestas, lanza desafíos, ofrece su Espíritu que transforma y renueva el corazón del hombre; pero el hombre tiene que acoger la propuesta, optar por Jesús y abrir el corazón a los retos de Dios.

7. Al final del relato de la curación del sordomudo, los testigos del acontecimiento dicen a propósito de Jesús: " *Todo lo ha hecho bien*" (v. 37). La expresión aparece como un eco de Gn 1,31 (" *Y vio Dios todo lo que habla hecho; y era muy bueno*").

Al unir este relato con el relato de la creación del hombre, Marcos está dándonos la clave de lectura para entender la obra de Jesús: la acción de Jesús en el sentido de abrir el corazón de los hombres a la comunión con Dios y al amor a los hermanos, es una nueva creación. De esa acción nace un Hombre Nuevo, una nueva humanidad. Ese

Hombre Nuevo es una creación "bien hecha" de Dios; el hombre, en la plenitud de sus potencialidades, ha sido creado para la vida eterna y verdadera.

3.3. Actualización

- ✚ El Evangelio de este Domingo nos asegura, una vez más, que el Dios en quien creemos es un Dios comprometido con nosotros, que apuesta por la renovación del hombre, para transformarlo, recrearlo, para hacerle llegar a la vida plena del Hombre Nuevo.

Este Dios, que abre los oídos de los sordos y suelta la lengua de los mudos, es un Dios lleno de amor, que no abandona a los hombres a su suerte ni les deja vivir adormilados en esquemas de comodidad y de instalación, sino que, a cada instante, viene a su encuentro, retándolo para ir más allá, invitándolo a alcanzar la plenitud de sus posibilidades y de sus potencialidades.

No olvidemos esta realidad: en nuestro viaje por la vida, no caminamos solos, arrastrando sin objetivo ninguno nuestra pequeñez, nuestra miseria, nuestra debilidad, sino que a lo largo de todo nuestro recorrido histórico, nuestro Dios va a nuestro lado, indicándonos, con amor, caminos que nos conduzcan a la felicidad y a la vida verdadera.

- ✚ El sordomudo, incapaz de escuchar la Palabra de Dios, representa a esos hombres que viven cerrados a los proyectos y a los retos de Dios, ocupados en construir su vida de acuerdo con esquemas de egoísmo, de orgullo, de autosuficiencia, que no necesitan de Dios ni de sus propuestas.

El hombre de nuestro tiempo ya no gasta tiempo en negar a Dios, se limita a ignorarlo, sordo a sus desafíos y a sus indicaciones.

¿Que significan para mí las propuestas de Dios?

¿Doy oídos a las llamadas y desafíos de Dios, o a los valores y propuestas que el mundo me presenta?

¿Cuando tengo que realizar opciones, qué es lo que cuenta: las propuestas de Dios o las propuestas del mundo?

- ✚ El sordomudo representa, también, a aquellos que no se preocupan de comunicar, de compartir la vida, de dialogar, de dejarse interpelar por los otros. Define la actitud de aquel que no necesita de los hermanos para nada, de quien vive instalado en sus certezas y en sus prejuicios, convencido de que es dueño absoluto de la verdad. Define la actitud de aquellos que no tienen tiempo ni disponibilidad para el hermano; define la actitud de quien no es tolerante, de quien no consigue comprender los errores y los fallos de los otros y no sabe perdonar.

Una vida de "sordera", es una vida vacía, estéril, triste, egoísta, cerrada, sin amor. No es ese el camino por el que encontramos nuestra realización y nuestra felicidad.

- ✚ El sordomudo representa, también, a aquellos que se cierran en el egoísmo y en la comodidad, indiferentes a las llamadas del mundo y de los hermanos.
Somos sordos cuando escuchamos los gritos de los injustamente tratados y nos desentendemos; somos sordos cuando toleramos estructuras que generan injusticia, miseria, sufrimiento y muerte; somos sordos cuando pactamos con los valores que hacen al hombre más esclavo y más dependiente; somos sordos cuando encogemos los hombros, indiferentes, frente a la guerra, al hambre, a la injusticia, a la enfermedad, al analfabetismo; somos sordos cuando tenemos vergüenza de testimoniar los valores en los que creemos; somos sordos cuando dimitimos de nuestras responsabilidades y dejamos que sean los otros los que se comprometan y se arriesguen; somos sordos cuando callamos por miedo, cobardía o cálculo; somos sordos cuando nos resignamos a vegetar en nuestro cómodo sofá, sin comprometernos en la construcción de un mundo nuevo.
Una vida cómodamente instalada en esta "sordera" no comprometida, ¿es una vida que vale la pena ser vivida?
- ✚ La misión de Cristo consiste, precisamente, en abrir los ojos a los ciegos y desatar la lengua de los mudos. Él vino a abrirnos a la relación con Dios, al amor a los hermanos, al compromiso con el mundo.
Quien se adhiere a Cristo y quiere seguirle por el camino del amor a Dios y de la entrega a los hermanos, no puede resignarse a vivir cerrado a Dios y al mundo.
El encuentro con Cristo nos saca de la mediocridad y nos despierta para el compromiso, para el empeño, para el testimonio; nos invita a salir de nuestro aislamiento y a establecer lazos familiares con Dios y con todos nuestros hermanos, sin excepción.
- ✚ El sordomudo de nuestra historia fue traído y presentado a Jesús por otras personas. El detalle nos recuerda nuestro papel en el sentido de hacer de puente entre los hermanos que viven prisioneros de la "sordera" y la propuesta liberadora de Jesucristo.
No podemos quedarnos de brazos cruzados cuando alguno de nuestros hermanos se instala en esquemas de cerrazón, de egoísmo, de autosuficiencia, sino que, con nuestro testimonio, tenemos que presentarles esa propuesta libertadora que Cristo quiere ofrecer a todos los hombres.
- ✚ Antes de curar al sordomudo, Jesús "elevó los ojos al cielo". El gesto de Jesús nos recuerda que es preciso mantener siempre, en medio de la acción, la referencia a Dios. Es necesario que dialoguemos continuamente con Dios para descubrir sus proyectos, para percibir sus propuestas, para ser fieles a sus planes; es necesario tomar continuamente conciencia de que es Dios quien actúa en el mundo a través de nuestras acciones; es necesario que toda nuestra acción encuentre en Dios su razón última: si eso no sucede, rápidamente nuestra acción pierde su sentido.